

gan resignados á la voluntad de Dios.

En la séptima palabra nos enseñó, que al tiempo de morir entreguemos nuestras almas al Señor; inclinó la divina cabeza y espiró.

Salvador de los hombres, tened misericordia de nosotros pecadores y que cuando dejemos este destierro, nuestras almas sean recibidas en tus manos divinas y en las de la siempre Virgen María tu Santísima Madre, y nuestra por tu gran bondad.

un

Concluido el ofrecimiento díxose el Padre nuestro y después: *Reza Ave Marias con Gloria Patri*

OFRECIMIENTO DE LOS MISTERIOS

DOLOROSOS.

Madre de Dios y afligidísima Virgen, humildemente os ofrecemos esta tercera parte del Rosario de los misterios dolorosos, os suplicamos nos alcancéis de vuestro Hijo, por su pasión y muerte, la exaltación de la fe católica, la conversión de los pecado-

res, paz entre los príncipes cristianos, alivió á las almas del Purgatorio, dolor de nuestros pecados, y una confesión sincera para lograr el fruto de la pasión y muerte de Vuestro divino Hijo. Amén.

Padre nuestro y las tres Ave Marias y demás oraciones, Salve, Antifona, si se reza sólo esta segunda parte como en la primera.

MISTERIOS GLORIOSOS.

PARA MIERCOLES, SABADOS Y DOMINGOS.

PRIMER MISTERIO GLORIOSO.

La Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios.

Fruto de este misterio: La Conversión.

Consideremos cómo el alma del Señor, así que se apartó de su sacrosanto cuerpo dejándolo en la Cruz, con gloria inefable, y acompañado de ángeles innumerables, bajó á los infiernos á sacar las almas de los Santos Padres que estaban en un lugar llamado seno de Abraham, esperando la humana redención, como lo dice la fe católica.

Consideremos resucitado al Señor y que salió del sepulcro sin resistencia de

la losa, porque ya por las dotes de gloria era superior á todas las cosas corporales, y mostró su sagrado cuerpo glorioso á los Santos Padres, y las heridas y llagas que había recibido en su pasión, vertidas y mudadas en fuentes de luz y claridad inmensa, y ellos, postrados, le adoraron y alabaron, y que de aquellas cinco principales llagas, salen cinco fuentes de infinita luz, claridad, dulzura, olor, fragancia y suavidad admirable con que se recrean aquellas almas bienaventuradas; del sepulcro se pasó el Señor al monte Calvario y allí todas aquellas almas bienaventuradas adoraron al santo Madero de la Cruz, y volvieron á dar nuevas gracias al Señor y á cantarle nuevos cánticos de alabanza, por haberse dejado clavar en ella para redimir las. Consideremos cómo luego el Salvador fué á visitar á su Santísima Madre, y con infinita gloria, claridad y hermosura, se descubrió el Señor á su Madre, saludándola con palabras tiernísimas, llenas de dulzura y suavidad divina. Diciéndole: gozáos, Madre, en vuestro Hijo, y mirad con atención el rostro en donde es-

cupieron y dieron de bofetadas los hombres. Considerad al Señor y ved lo que se han vuelto las salibas y bofetadas. Ved todas estas estrellas de divina hermosura, de que tengo sembrado mi glorioso cuerpo, y considerad que esas son las heridas de que me vi cubierto en mi pasión y tormento: ved en lo que se han trocado. Esos cinco rios de deleite, luz y gloria inefable, son las cinco llagas que me abrieron los clavos y la lanza: en esto se ha mudado lo que tanto me atormentaba, y lastimaba tanto á vuestro piadoso corazón. ¿Veis esta corona y este manto de luz y cetro de eterna potestad? Pues en eso se han conmutado aquella corona de espinas, aquella púrpura de escarnio y aquella caña de burla. Y después de todo este divino coloquio entre el Hijo Santísimo y la Madre, quiso el Señor mostrarla para complemento de sus gozos los despojos que había quitado á la muerte y le manifestó á todos los Santos Padres y se le aparecieron todos en formas visibles gloriosas y la reverenciaron y veneraron con grande acatamiento. Entonces nuestra

Reina humildísima, ofreciendo sus alabanzas al divino Hijo y teniéndose por indigna de tanta dicha, se volvió á las almas de los Santos Padres y Jes dijo: ¡Oh generación escogida, sacerdocio real, gente santa y bendita, pueblo grande y dichoso, nación de Dios: predicad las virtudes y glorias de quien os sacó de las tinieblas, á su admirable luz y día! Nuestro Señor Jesucristo se despidió de Nuestra Señora con toda aquella compañía de santos.

Consideremos cómo el divino Pastor, dejando á los Santos Padres, se fué á recoger el corto rebaño de sus ovejas que con la recia tempestad de su santísima pasión, habiendo tirado unas por una parte y otras por otra, todas estaban balando por su Pastor. Jesús ha resucitado: la evidencia de este milagro es la prueba más decisiva de todas las verdades de nuestra fe católica. ¡Oh Jesús que has triunfado de la muerte, tú eres nuestro Dios y nuestro Salvador! El sepulcro sellado y custodiado por los soldados romanos y tus enemigos, es el trofeo glorioso de tu victoria. Bajó del cielo un

angel del Señor, y llegándose al sepulcro, removió la piedra y sentóse encima. María Magdalena y Marta, madre de Santiago y Salomé, compraron aromas para ir á embalsamar á Jesús dentro del sepulcro. Se decía una á la otra: ¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro? Al llegar al sepulcro se encontraron que estaba quitada la piedra, y un angel les dijo: No tenéis que asustaros, vosotras venís á buscar á Jesús Nazareno, que fué crucificado; ya resucitó, no está aquí: mirad el lugar en donde le pusieron. Pero id y decid á sus discípulos, que el Señor irá delante de vosotros á Galilea, donde le veréis, según que os tiene dicho. Fuera del santo sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, se les presentó nuestro Redentor á María Magdalena en figura de hortelano, y en la misma tarde del Domingo de la Resurrección, se aparece Jesús á los discípulos que estaban reunidos en el cenáculo. La admiración y la alegría los tenía fuera de sí y apenas daban crédito á lo que estaban viendo; pero esta misma incertidumbre solo sirve para hacer más in-

contestable la verdad del milagro. El divino Maestro no solo permite que le palpen su cuerpo sacratísimo, sino que comió con sus Apóstoles, aunque no tenía necesidad, para no dejar la menor duda de que no era un espíritu, sino un cuerpo real y verdadero, formado de carne y hueso. La paz sea con vosotros: tal es la salutación que dirige á los hombres en estos días el vencedor del inferno y de la muerte, el autor de la reconciliación universal. Reine entre todos la paz que el Salvador ha traído al mundo: la paz anunciada por los ángeles junto al establo de Belén: la paz con que saluda en el cenáculo á sus discípulos el Mesías resucitado.

Un Padre nuestro, diez Ave Marías y un Gloria Patri.

SEGUNDO MISTERIO GLORIOSO

La ascensión gloriosa de Jesucristo á los cielos.

Fruto de este Misterio: *El deseo del Cielo.*

Figurémonos estar presentes en el Monte Olivete.

A los cuarenta días de la resurrección

del Salvador, después de haber conversado muchas veces con su Santísima Madre y con sus discípulos, Nuestro Señor Jesucristo subió al monte Olivete y después de haber confortado á sus discípulos y consolándolos, les prometió la venida del Espíritu Santo, y dando su bendición á las ciento veinte personas que allí estaban, se elevó glorioso. Subió Nuestro Redentor sosegada y majestuosamente como para darles tiempo de disfrutar tan glorioso triunfo. Insensiblemente se fué alejando, y mientras ellos le seguían con la vista y le adoraban, una luminosa nube, poniéndose bajo sus divinos pies, lo ocultó enteramente.

La Santísima Virgen, los apóstoles y los discípulos todos, continuaban mirando al cielo, sin apartar sus ojos del camino por donde se les había ausentado el objeto de su amor; y era tal su enajenamiento, que para sacarles de él fué necesario que bajasen dos ángeles, y poniéndose á su lado, les dijeron: Varones de Galilea, ¿por qué estais mirando al cielo? Este Señor que habéis visto partir de vosotros, así volverá á venir

del mismo modo que ahora lo visteis subir al Cielo.

No olvidemos estas palabras de los dos santos ángeles. Procuremos considerar frecuentemente que este divino Salvador ha de venir al fin del mundo á juzgar y á dar á cada persona sentencia pública sobre su eterna felicidad ó desventura. Dos venidas del Hijo de Dios se anunciaban en el antiguo testamento. Una á redimir al mundo y otra á juzgarle. Es una verdad de fe que nuestro Señor Jesucristo ha de volver al fin del mundo á juzgar á los vivos y á los muertos; esto es, á los que vivirán al acabarse el mundo, y á los que hayan muerto al principio del mundo, ó antes que se acabe; según otros, á los que vivirán por la gracia y á los que estarán muertos por el pecado.

Habiendo desaparecido los ángeles, se volvieron á Jerusalén los Apóstoles y discípulos y pasando por la ciudad se fueron al cenáculo y subieron á la parte más alta de la casa, y juntos, unánimes y conformes, se pusieron en oración con María Santísima, con las mujeres y de-

más hermanas; y perseveraron en ella rogando y pidiendo el Espíritu Divino.

Un Padre nuestro, diez Ave Marias y un Gloria Patri.

TERCER MISTERIO GLORIOSO

La venida del Espíritu Santo.

Fruto de este Misterio: *Fidelidad á la gracia.*

La venida del Espíritu Santo nos revela la inmensa caridad de Dios para con los hombres.

A los diez días de la Ascensión del Señor, estando María Santísima presidiendo el Colegio sagrado, es decir, en medio de los Apóstoles, con fervorosa Oración, derrepente descendió el Espíritu Santo sobre las cabezas de los discípulos, bajando del Cielo, se posó primero, en forma de un haz luminoso sobre la cabeza de la Santísima Virgen, repartiéndose después en forma de lenguas de fuego sobre todas las demás que allí estaban congregadas, con un ruido como de una ráfaga de viento. No se puede explicar la sabiduría, la suavidad, el amor á

Dios, la claridad, el convencimiento y la fortaleza que ellos recibieron en sus almas y en sus potencias, porque siendo ellos antes tan tímidos, tan flacos, tan imperfectos y tan ignorantes, derrepente aparecieron llenos de todos los dones del Espíritu Santo.

Primer don de Sabiduría.

Segundo don de Entendimiento.

Tercer don de Consejo.

Cuarto don de Fortaleza.

Quinto don de Ciencia.

Sexto don de Piedad

Séptimo don de Temor de Dios.

Siendo comprendidos en todos los idiomas del mundo, predicaron por las calles, plazas y caminos y montañas, y en un solo sermón que predicó San Pedro, se convirtieron tres mil almas, y en otro sermón cinco mil; por una gracia extraordinaria poseen el don de lenguas. creen hablar *en el rudo dialecto de Galilea*, y he aquí que todo el mundo los entiende, todos se hallan admirados y exclaman: ¿Cómo es esto que todos les oímos hablar al mismo tiempo cada cual en la lengua propia de nuestra Nación?

Era porque estaban santificados por el Espíritu Santo, que con tanta plenitud habían recibido; santificaron al mundo con su ejemplo y predicación.

Omnipotente y Eterno Dios, dadnos aquella gracia del Espíritu Santo que en el día de su venida disteis á los Apóstoles, y á la hora de la muerte recibenos en el cielo.

Un Padre nuestro, diez Ave Marías y un Gloria Patri.

CUARTO MISTERIO GLORIOSO

La Asunción de la siempre Virgen María.

Fruto de este Misterio: *Perseverancia en la gracia y una buena muerte.*

Consideremos que la muerte de la Santísima Virgen María fué extremadamente gloriosa, ora la consideremos por su desprendimiento completo de todo lo terreno, ora la meditemos por su viva esperanza de pasar al cielo, ora nos fijemos en el encendido amor que inflamaba su corazón.

Murió María Santísima rodeada de los Apóstoles, á excepcion de Santo Tomás, que por designio especial de Dios se hallaba ausente. Murió la Santísima Vir-

gen, no por enfermedad ni decrepitud de la carne sino por vehemencia de amor divino, después de haber conversado de este amor con aquellos atletas de la Fé y haberlos bendecido con el afecto maternal más tierno, su alma se despidió del cuerpo para seguir amando á Dios por siempre, sin pena ni dolor. Modelo de la vida en la muerte, fué siempre para nosotros la divina Señora y Madre nuestra.

Muere María y la Divinidad la resucita al tercer día y la sube á la gloria.

Ella fué la única que estuvo exceptuada de la corrupción de la carne. Consideremos que la Madre de Dios, resucitó al tercer día como Nuestro Salvador; y este prodigio se notó porque Santo Tomás que acababa de llegar, pide á los demás Apóstoles ver el cuerpo de la divina Madre del Salvador, ya que no ha tenido el consuelo de verla morir: cuando van á separar la losa, oyen cánticos misteriosos, cantos angélicos, llenos de celestial regocijo, abren y perciben exquisitos aromas que despide el sepulcro vacío, y caen en tierra mudos de sorpresa: la Reina de los Angeles y la Madre

de los hombres, acaba de subir al Cielo en cuerpo y alma, entre los vítores y aclamaciones de los ángeles y santos. Acompañada de su Santísimo Hijo Nuestro Señor Jesucristo que vino por ella.

Alegrémonos de las glorias de nuestra Reina y supliquémosle nos acompañe siempre y sobre todo á la hora de nuestra muerte.

Cristianos, oigamos los cánticos de la otra vida, como si tambien nosotros estuviéramos allá. Oremos por los difuntos. Por la mañana, por la tardé, siempre que nos dirijamos á Dios, digamos alguna palabra en favor de ellos. Que sea para ellos la mitad de nuestras limosnas y nuestras buenas obras. Pidamos su libertad cuando por medio de la Sagrada Comunion poseemos en nosotros al Omnipotente libertador. En la Santa Misa, cuando el Sacerdote manda á la sagrada sangre del Salvador que descienda al lugar sombrío en el que penan los difuntos, pidamos á Dios Nuestro Señor que aplique el fruto de su sacrificio por los que rogamos y á los que no tienen deudos, que se acuerden de

todos los difuntos para que sean llevados al Océano de la gloria eterna. María Reina del Santísimo Rosario, bajad al lugar de expiación de nuestros hermanos difuntos y apresurad su liberación.

Un Padre nuestro, diez Ave Marias y un Gloria Patri.

QUINTO MISTERIO GLORIOSO

Coronación de María Santísima en el cielo como Reina.

Fruto de este Misterio: *Perseverancia en el servicio de Dios.*

Consideremos que después de la Asunción de María Santísima, fué coronada por la Santísima Trinidad, como reina de los ángeles y de los hombres en el cielo, y le debemos pedir nos defienda de nuestros enemigos y del pecado y que la alabemos en el cielo por una eternidad.

La proclama la Santísima Trinidad Reina de los Angeles, de los Patriarcas, de los Profetas, de los Apóstoles, de los Mártires, de los Confesores, de las Vírgenes y de todos los Santos.

Regina Angelorum: Ella es Reina de

los Angeles, no por derecho de naturaleza, ¡sino por gracia. Ella tuvo el privilegio insigne de poseer la más grande pureza y el de dar á luz al *Rey de las celestiales gerarquías.*

Regina Patriarcharum: Ella es Reina de los Patriarcas, pues por ella obtuvieron la realización de su esperanza; por el fruto de su casto seno, fueron fortalecidos en sus piadosos deseos y libertados de los lugares sombríos en donde esperaban la gracia y la felicidad.

Regina Prophetarum: Ella es la Reina de los Profetas y Profetisa á la vez, porque ella dió al mundo la realidad prometida, el Mesías formado de su sangre y de su carne virginal y al que los inspirados del Señor habían de antemano retratado tan fielmente en sus oráculos.

Regina Apostolorum: Ella es la Reina de los Apóstoles, porque ella por medio de sus oraciones les alcanzó con el Espíritu Santo el don de la pa-

labra, porque ella con su dulce y meritoria influencia, les precedía en las almas que ellos convertían á Dios.

Regina Martyrum: Ella es la Reina de los Mártires. ¿No estuvo asociada á los padecimientos de su Hijo? ¿No padeció ella en su corazón de Madre, más que todos los héroes de la fe en sus cuerpos?

Regina Confesorum: Ella es Reina de los Confesores, porque su vida perfecta fué el ejemplo de las virtudes sublimes que ellos practicaron y por las cuales merecieron la gloria eterna.

Regina Virginum: Ella es la Reina de las Vírgenes, porque excede á todas en pureza y porque posee con el honor de la virginidad lo que la naturaleza no permite poseer á las personas vírgenes: las alegrías de la maternidad.

Regina Sanctorum omnium: Ella es, finalmente, la Reina de todos los Santos, porque todos son deudores á su altísima intercesión, de la gracia, de

la perseverancia que les abrió las puertas del cielo.

¡Oh Reina admirable! ¿En qué sitio de vuestra corte celestial seremos algún día colocados? No lo sabemos; es el secreto de Dios. Mientras esperamos la muerte, hémos aquí, tristes y llorosos en este valle de lágrimas. Pero el centro de nuestros corazones es vuestro. Gobernad ¡oh Reina! á vuestros infortunados vasallos. En vuestro dulce y misericordioso poder, que nos protege y conduce, ponemos nuestra esperanza.

Nada podrán los enemigos de nuestra salvacion, si vos nos cubriis con vuestro manto real. Nuestros pasos inseguros no saldrán del camino del cielo, si vos los dirigís. Escuchad, pues, las súplicas que os dirige la humanidad cristiana desde el fondo de su destierro.

¡Oh Santa Madre de Dios! en vuestra protección buscamos refugio, no desprecies las súplicas que en nues-

tras necesidades y angustias os dirigimos, antes bien libradnos siempre de todos los peligros ¡oh Virgen gloriosa y bienaventurada!

¡Reina de los cristianos! dignaos dirigir y santificar desde ahora para siempre nuestros corazones y sentidos, según la ley de Dios y según las obras de sus santos mandamientos, á fin de que en este valle de lágrimas, podamos merecer con vuestra protección, nuestra salvación eterna.

Un Padre nuestro, diez Ave Marias y un Gloria Patri.

OFRECIMIENTO.

Virgen gloriosísima, humildemente os ofrecemos esta parte de los misterios gloriosos de vuestro Santísimo Rosario, alcanzadnos de vuestro Hijo la exaltación de la fe católica, la conversión de infieles y pecadores, paz entre los príncipes cristianos, alivio

á las almas del Purgatorio, dolor grande de nuestras culpas y una confesión bien hecha, para vivir y morir en gracia de Dios y gozarle eternamente en la Gloria. Amén.

Padre nuestro y las tres Ave Marias, Letania, Salve, Antifon», si se réza sólo esta tercera parte como en la primera y segunda parte.

Octubre 1° de 1895.



BX
07
C.

48

.01